

## Cáncer y curanderismo divino

ra": el mínimo vocabulario. Un vocabulario en el cual ningún miembro puede ser definido en términos de otros. Todas las definiciones —escribió sir Bertrand— son teóricamente superfluas y, por lo tanto, la totalidad de una ciencia puede expresarse con un mínimo vocabulario. Peano redujo el vocabulario aritmético a tres términos. Frege a ninguno. Russell lo probó. Y explicó la finalidad y el peligro de ese mínimo vocabulario con un ejemplo inolvidable: nosotros no podríamos nunca explicar a un ciego lo que es el color "rojo" si utilizásemos la burda experiencia, porque no es transferible el vasto, complejo y confuso vocabulario de cada día. Pero si definimos lo "rojo" como las sensaciones causadas por longitudes de onda de tal y tal frecuencia (y ese es un vocabulario mínimo), podríamos explicárselo a cualquier ciego inteligente. (No podríamos conseguir que ese ciego "viese" el color rojo —por eso advierte Russell que la nueva lógica puede llegar al exceso escolástico—, pero sí que lo "comprendiese".)

Pero es evidente que Bertrand Russell no merecería ningún respeto si se hubiera limitado a enunciar estos dogmas procesales obligándonos a aceptarlos de rodillas. No sólo señaló el peligro del escolasticismo, como he dicho antes, sino que advirtió que, en el extremo de la metodología está la estupidez. Parece que nuestro mundo, el de hoy, no escuchó estas advertencias e incurrió —e incurre— en el gélido exceso diario. Russell dice que fue feliz filosofando, pero también que lo intentó ser, casi siempre infructuosamente, viviendo. Y experimentando las cosas que nunca podrán ser expresadas ni siquiera con un vocabulario esencial. Vio agonizar a la mujer de Whitehead, una persona brillante, culta, animosa y lista que terminó sus días sorda, ciega, muda e inmóvil. Ante ella —escribió— comprendí lo que es la soledad del alma humana. Esa comprensión es inefable. Se escapa a la nueva lógica. Se llega a ella por otros caminos.

Nunca entendí por qué hay que celebrar los aniversarios con unas palabras escritas, pero he procurado que éstas fuesen lo más raras posible. ■ F. M.

**N**O, no se trata de anunciar ninguna formidable y súbita curación del cáncer, sino de meditar brevemente en torno a los, tan predicados, "factores psicológicos" de la enfermedad. Hace unos días, en Londres, se ha celebrado un simposio sobre "Nuevos puntos de vista respecto al cáncer" organizado por una entidad que se hace llamar Salud para la Nueva Era. Debe tratarse de una sociedad de cierto poder y no escasa respetabilidad, porque su simposio se ha celebrado en la sede de la Royal Society of Medicine y ha disfrutado de una participación nutrida a pesar de que cada seminarista tuvo que pagar veinte libras esterlinas para inscribirse. Entre otros, asistió mi amigo Donald Gould, un médico interesado por todas las cosas de este mundo que, hace unos meses, estuvo en Madrid para intervenir en un programa de "La clave". De Gould, precisamente, he conseguido alguna información sobre el simposio.

Esencialmente, lo que el simposio se proponía era convencer a médicos y enfermos de que el cáncer es consecuencia de la desdicha espiritual. No es una idea nueva, aunque tal vez nunca se haya expresado con tanto presunto rigor como en esa asamblea. Uno de los asistentes, el doctor Lang Stevenson, llegó a decir que "el cerebro es el más peligroso de los cancerígenos". Y aún añadió la hermosa idea de que el cáncer es la forma que las células tienen de manifestar su deseo de "nacer otra vez". Con algunas excepciones, ese fue el tono del simposio: literatura y cierto curanderismo "divino", por supuesto alejado del curanderismo de aldea y arrabal, y próximo, en cambio, a la tentación orientalista, tan extendida y tan vulnerable a la camelancia.

El doctor Claus Bahnson, un norteamericano, médico del Eastern Pennsylvania Psychiatric Institute, fue más serio y aburrido. Expuso una buena colección de datos epidemiológicos, según los cuales el cáncer es

más probable en personas que han padecido una pena intensa. Las estructuras superiores del cerebro, en las que se programan los asuntos relacionados con la emoción, la imaginación y la memoria, influyen en las estructuras inferiores que, a su vez —siempre según el doctor Bahnson—, afectan la actividad de las glándulas endocrinas, a través de las cuales se modifica la función de los vasos sanguíneos, la médula, el hígado, el páncreas, etcétera. Así es que la pena, esa emoción, puede, a veces, perturbar "la economía fisiológica", como dice Donald Gould, permitiendo anomalías celulares que probablemente no se habrían producido si el sistema autoinmunitario del organismo hubiese funcionado como es debido.

Todo eso puede ser cierto. Incluso es muy probable que lo sea. Pero dar un paso más y convertir en una especie de taumaturgia el trabajo de los oncólogos, pretendiendo que el cáncer se cura con un ensalmo y una sonrisa, es una peligrosa estupidez. El ensalmo y la sonrisa, ciertamente, faltan en la Medicina moderna, abarrotada de chismes y de vanidad tecnológica. Eso hace que la gente se muera mal, torpemente, dolorosamente. Pero es enternecedor el criterio, atractivo para todos nosotros, los ilusos, según el cual nos vendría muy bien abandonar las clínicas modernas y volver al templo de Esculapio. La Medicina se ha hecho huera, fachendosa y excesiva, pero no conviene confiar excesivamente en las nueces y las uvas pasas. La explicación de esta tendencia soñadora podría estar en el comentario de Donald Gould: la ciencia tiene autoridad para plantear rigurosamente problemas, pero no conoce las respuestas. Y surgen, por eso, las pseudo-respuestas, mucho más sencillas y, claro está, mucho más tranquilizadoras para la gente. Nunca, en los últimos cien años, hemos estado todos tan acomodados en la superstición.

■ F. M.



Los tumores de Job (William Blake).

Salud para la Nueva Era (*Health for the New Age*) es un movimiento más entre los muchos que están surgiendo en todo el mundo en contra de la supertecnificación de la Medicina. De alguna manera, estos movimientos conculgan con la "filosofía ecologista", tienden a revitalizar el vegetarianismo y el naturismo, someten a crítica el feroz somaticismo de la Medicina racionalista occidental y sostienen, directa o indirectamente, que no hay diferencia entre la enfermedad y la infelicidad. Como símbolo de esta filosofía, los asistentes al simposio comieron, entre debate y debate, un menú interesante: zumo de manzana, té de hierbas, nueces y uvas pasas.

### ARCHIVO

#### "ALGO"

Barcelonesa, comercial, popular. Ha publicado hasta ahora 350 números, que ya es un mérito. Se autocalifica de "Revista de Información Científica, Técnica y Cultural", pero difícilmente podría compararse con las publicaciones homólogas de otros países. Agradable y ligera, con ciertas incursiones en el populachismo, aunque sin pasarse, es más bien una revista de lectura fácil. Algunos artículos —muchos de los cuales son traducciones— son interesantes para un lector medio, no muy ambicioso, y cada dos números, según la rápida estadística que hemos podido hacer, hay un trabajo de mayor entidad. Meritona, simple, sin grandes pretensiones, sin intelectualismos pomposos y sin grandes sciortos, puede calificarse de útil, digna y elemental. Debería existir alguna otra de estas características. ■

